

Callejón del Gato

Las pobres Juanas

José Ramón Enríquez

La idea del esperpento no puede separarse de ese bellissimo lugar, lleno de fantasmas, que es la Plaza Mayor de Madrid. Ya me he referido en estas páginas al último auto de fe que organizó Carlos II, con la mejor de las intenciones y mucha carne de hereje para el asador, como un homenaje a su recién llegada esposa francesa, que en nada agradeció el tétrico espectáculo. Esperpéntico por derechos de sangre era el pobre rey hechizado, último Habsburgo en tierras de habla hispana, penúltimo si contamos a Maximiliano, fusilado en nuestro Cerro de las Campanas en un auto de fe republicana.

Vuelvo a referirme a ello no sólo porque considero hipnótica, por terrorífica, la imagen de cuerpos en combustión en un espacio construido para ser recorrido plácidamente y dar de comer a las palomas, sino porque demuestra el sustrato cainita en los seres humanos. En esa misma Plaza Mayor, hace unas cuantas semanas, hubo otro espectáculo hipnótico, por indignante. Unos hinchas holandeses (así llaman a los fanáticos de equipos de fútbol) se divirtieron al protagonizar, según dicen los diarios, otro espectáculo cainita: “humillando a mendigas, arrojando entre risas céntimos al suelo, quemando billetes delante de las pordioseras, arrojando cerveza en los vasos con los que pedían limosna, obligándolas a hincarse para rogar...”. Un anciano profesor los enfrentó: “Las estaban degradando, las deshumanizaban, las estaban tratando como animales”, dijo. Les espetó: “¡Eso no se hace! ¡Eso no se hace!”. “Entregó una moneda a cada una en la mano y, antes de marcharse, insultó a voz en grito a las decenas de hinchas que se burlaban...”.

Europa de los refugiados que mueren o apenas sobreviven en el Mediterráneo,



Francisco Pradilla, *Juana ante el féretro de su esposo*, 1877

mare nostrum. Europa, que debió ser culta heredera de la Ilustración pero no ha podido dejar atrás los genes de Caín.

Antes de que reinaran los Habsburgo, un rey mató a su hermano. Lo ayudó un famoso mercenario que dijo aquello de “Ni quito ni pongo rey pero ayudo a mi señor”. El muerto era Pedro el Cruel, el vivo era su hermano Enrique de Trastámara, que sentó su apellido en el trono de Castilla. Era la familia de los Reyes Católicos. No quemaron herejes en la Plaza Mayor porque su bisnieto, Felipe II, aún no convertía la Villa de Madrid en capital del reino. Pero crearon la Santa Inquisición para encender hogueras.

Para bien y para mal, los Trastámara marcan el arranque de los Siglos de Oro. En las playas de sus tiempos se confunden arenas y aguas saladas de la última Edad Media y del primer Renacimiento en nuestra lengua. En realidad en dos lenguas, pues Fernando el Católico era Trastámara de Aragón, reino al que pertenecían *els països catalàns*.

El primero de esta casa era un bastardo y eso de la bastardía se hizo una costumbre inversamente proporcional a la obsesión por la limpieza de sangre que también esa casa real impuso en todo te-

rritorio bajo su poder. También impusieron la costumbre de casarse entre primos hermanos para recuperar legitimidades dudosas, costumbre que pasó a la casa de Habsburgo y tuvo su víctima más triste en el desdichado Carlos II.

Y si el primer Trastámara instauró la costumbre del fratricidio para acceder al poder en la familia, Isabel la Católica empleó con éxito el veneno contra su hermano Enrique IV. Otra costumbre de esta familia fue la de despojar, humillar, encerrar e insultar a las reinas legítimas que llevaron el inocente nombre de Juana. No se puede afirmar si el pecado era consustancial a un nombre tan evangélico, pero hasta el día de hoy continuamos insultándolas al referirnos a ellas: Juana la Beltraneja y Juana la Loca.

Y ambas fueron mujeres de enorme dignidad que llevaron muy alta la cabeza y cuya sola existencia es una vergüenza para sus verdugos. En el caso de Juana, reina de Castilla y llamada la Beltraneja, sus tíos Isabel y Fernando, los Reyes Católicos. En el caso de Juana, reina de Castilla y llamada la Loca, su propio padre, otra vez Fernando, y su propio hijo, el emperador Carlos de Habsburgo, I de España y V de Alemania. Fernando no era hombre de remordimientos, inclusive quiso casarse con la Beltraneja para obtener la legitimidad que Isabel no le heredaba. Carlos, en cambio, tal vez se retiró a Yuste para hablar con el fantasma de su madre.

Ya el Marqués de Santillana o Juan de Mena, contemporáneos de Enrique IV, sembraban el Renacimiento español: daban comienzo los Siglos de Oro. Y otra Juana, la de Asbaje, maltratada también y en tierras mexicanas, cerraría con todo su esplendor esas edades. **U**